

VALLEJO Y MARTÍ

Cintio Vitier

Desde Córdoba, Argentina, el 25 de marzo de 1964, en generosa carta, el gran vallejano que fue Juan Larrea me escribió respondiendo a una consulta mía: "Con respecto a Vallejo, le daré el único dato que poseo de su interés por Martí. Al ocuparse de Espronceda en su tesis académica 'El romanticismo en la poesía castellana' con que se recibió de Bachiller en 1915, transcribe el siguiente párrafo del cubano:

Así José Martí ha dicho: 'Ni épicos ni líricos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio como si fuera su propio ser el asunto de cuya existencia no tuviera duda, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometida y con tal ansia investigado, que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen se engañan. A todos besó la misma maga. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra; y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras. ¡Qué golpes en el cerebro! ¡Qué susto en el pecho! ¡Qué demandar lo que no viene! ¡Qué no saber lo que se desea! ¡Qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite de alba!'

A continuación comentaba Larrea: "¿No se respira en estos dichos la atmósfera de los 'Heraldos Negros'? A mí me parece muy probable su relación con el poema de ese mismo título. El inmenso hombre pálido, vestido de *negro*, bajo cuya influencia se sienten tremendos *golpes* en el cerebro *sin saber* lo que se desea, me parece inspirar bajo cuerda el 'Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé'. Claro que con ello se mezcla posiblemente el concepto de *heraldos rojos* del 'Canto de la sangre', más el anuncio de la *muerte* de 'Heraldos', uno y otro poemas de *Prosas profanas*. Es un detalle nimio si se quiere, pero que manifiesta el codo con codo existente entre Vallejo, Darío y Martí."

Ya antes había yo observado (en *Lo cubano en la poesía*, 1958) la calidad prevalejiana de algunos versos de Martí, seguramente desconocidos por Vallejo, como los que comienzan:

Bien: yo respeto
A mi modo brutal, un modo manso
Para los infelices e implacable
Con los que el hambre y el dolor desdeñan,
Y el sublime trabajo; yo respeto
La arruga, el callo, la joroba, la hosca
Y flaca palidez de los que sufren. . . ,

precursores de la audaz ternura del peruano, de su: "amadas sean las orejas sánchez", sin contar la militancia poética en pro de los explotados; o como "Mi padre era español", por la inmediata volcadura del alma y por la función desgarradora de las formas coloquiales, que en Vallejo llegará a un grado casi irresistible en el poema LI de *Trilce*. Veamos ese poco notado fragmento o borrador de Martí, con el alma echada en el papel como lo hará el peruano, donde está el drama completo del pobre viejo español y el hijo cubano rebelde, que lo ve, que los ve, en el recuerdo, con los ojos arrasados de una insondable piedad:

Mi padre era español: era su gloria
los domingos, vestir sus hijos.
Pelear, bueno: no tienen que pelear, mejor:
aún por el derecho, es un pecado
verter sangre, y se ha de
hallar al fin el modo de evitarlo. Pero, si no,
santo sencillo de la barba blanca.
Ni a sangre inútil llama tu hijo,
ni servirá en su patria al extranjero:
Mi padre fue español: era su gloria,
rendida la semana, irse el domingo,
conmigo de la mano.

El mismo año de la carta de Larrea descubrí la afinidad de otros dos textos de Vallejo y de Martí, totalmente insospechables de influencia o contacto, y por eso más reveladores de una profunda vinculación espiritual. Llamé la atención sobre ese descubrimiento en unas páginas tituladas "Martí futuro", incluidas en *Temas martianos*, libro que, en colaboración con mi mujer, Fina García Marruz, publiqué en La Habana en 1969. El primero de los textos aludidos, perteneciente a *España, aparte de mí este cáliz*, es el famoso poema "Masa", del que ahora sólo es necesario recordar, como referencia, la primera y la última estrofas:

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: " ¡No mueras; te amo tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
.....
Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;

incorporóse lentamente,
abrazo al primer hombre; echóse a andar. . .

El combatiente muerto que Vallejo vería en un campo de batalla colectivo, Martí lo vio como combatiente solitario, suicida por sobreabundancia, resucitado por compasión. Se trata de un borrador en que apuntó el "Asunto" de un posible poema que no llegó a escribir y que reapareció en toda su plenitud coral y trágica dentro de la obra de César Vallejo, en los últimos tiempos de éste, cuando moría de España como Martí había muerto de y por y contra España en uno de los ciclos mortales de su historia. Veamos el apunte de Martí (recogido en la página 274 del tomo 22 de sus *Obras completas*), como una de las tantas semillas que él no pudo ver fructificar:

"Después de esto —volver a la vida diaria!"

Y se saltó de un balazo el cráneo.

Comenzaron entonces a clamar todos los que necesitan del hombre.

Pasó la humanidad, y lo maldijo.

¡Oh poeta! Ahora, quién echará aceite en la lámpara!

¡Oh sufridor! quién abonará por el olvido de los torpes y los indiferentes!

En la vida, es necesario que unos se consuman en beneficio de los otros.

Oyó: se levantó dolorosamente: compuso los huesos rotos de su cráneo, y siguió andando!

Visto desde nuestra perspectiva, nos parece que Martí tanteaba en la oscuridad el bulto aproximado de un enorme tema profético, pero ya la última línea resulta sobrecogedoramente idéntica al sentido del poema de Vallejo. Ese cadáver que en la visión vallejeana "incorporóse lentamente" y en la martiana "se levantó dolorosamente" bajo la presión, en un caso, del amor de "todos los hombres de la tierra", y en el otro, del deber del sacrificio que, por análogo reclamo, levanta de la muerte al "sufridor", al compensador, es imagen que ya se prefiguraba en el poema de Martí "¡No, música tenaz, me hables del cielo!", cuando dice: "Me recojo del suelo: alzo y amaso/ Los restos de mí mismo, ávido y triste/ Como un estatuidor un Cristo roto", que se corresponde, en *Los heraldos negros*, con la tremenda línea: "Son las caídas hondas de los Cristos del alma". Pero lo que en Martí se desarrolla como un drama de la conciencia individual, aunque en función de sus obligaciones para con la humanidad, adquiere en Vallejo la coralidad de una redención colectiva. Ese cadáver que se incorpora, que en ambos textos resucita por amor, y esa masa que con su amor lo resucita, rompiendo el muro hasta entonces invisible, infranqueable, trágico, que separa al Coro del Protagonista, al Individuo de la Masa; ese cadáver que al incorporarse abrazó al "primer hombre" de una humanidad nueva, ¿no es imagen profética de "la vida futura" anunciada por Martí en la dedicatoria de *Ismaelillo*?

Y no es raro que Vallejo, con el instinto de los grandes poetas para encontrar sus secretos afluentes, fuese derecho, desde el principio, a apoyarse en unas palabras de Martí, pertenecientes a uno de sus textos centrales: el "Prólogo al 'Poema del Niágara' de J. A. Pérez Bonalde" (escrito el mismo año de *Ismaelillo*), en el que hallamos la prueba poética por excelencia, la basada en el impulso intrínseco del verbo, tan profundamente vinculada con la descomunal exploración ver-

bal de Vallejo, cuando nos dice: "La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera". Existencia que no tienen que ser necesariamente ultraterrena, aunque así él lo creyese.

Y leyendo este prólogo, que lo es, no al poema de Peñe Bonalde sino a la nueva poesía y a los tiempos nuevos, comprendemos por qué Thomas Merton comparó a Vallejo con Dante, porque ya Martí lo había intuido: "Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; mas él a sí propio; no hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre", palabras en las que está prefigurado completo el tipo de poeta que será Vallejo. Y comprobamos el sentido anunciador de la visión martiana, del que Vallejo será relevo agónico, cuando nos dice en ese prólogo de 1882, que "esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas —hombres magnos—, por la confusión que el cambio de Estado, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros".



GALERIA FORUM

Av. Larco 1150 - Sótano - Miraflores

Lima - Perú

Telf. 461313